

incompleta y tardía; y en cuanto á los legitimistas, orleanistas, católicos, liberales y constitucionales de toda clase, estaban entonces demasiado irritados con los asuntos de Italia para apreciar favorablemente ni siquiera una medida que respondía á sus aspiraciones. Sin embargo, los más previsores juzgaban que el emperador, puesto ya en el camino por donde acababa de dar el primer paso, no podría permanecer estacionario, sino que tarde ó temprano se vería obligado ó á retroceder violentamente á su punto de partida, ó á recorrer todas las etapas que aún le separaban de la completa libertad.

III

La atención pública, distraída momentáneamente por los asuntos interiores, fijóse de nuevo en Italia, objeto principal de todas sus preocupaciones, volviéndose todas las miradas principalmente hacia un punto, Gaeta. En el mes de noviembre el rey de Nápoles hallábase definitivamente encerrado en aquella pequeña ciudad que había escogido como refugio, y cuyo sitio había ya comenzado.

Al llegar al último acto del drama italiano, Napoleón había sentido una especie de remordimiento por sus complacencias pasadas. Hasta entonces todo lo había tolerado allende los montes; pero he aquí que Víctor Manuel, sin declaración de guerra, sin ningún pretexto que velara su codicia, procedía á la expropiación de un príncipe unido por la sangre á la casa de Saboya y digno de interés por su juventud, por su inocencia y por sus desdichas. El emperador, que había sido cómplice de las ambiciones del rey sardo, no quiso serlo de sus raptos ni de sus villanías; y no pudiendo impedir nada, tuvo por lo menos empeño en apartarse ostensiblemente de aquella incalificable empresa. Para esto había imaginado una especie de auxilio á medias que seguramente no salvaría al vencido, pero dejaría á salvo su propio honor.

El vicealmirante Le Barbier de Tinán, que mandaba la escuadra del Mediterráneo, recibió orden de partir para Gaeta y de impedir el bloqueo por el lado del puerto; de esta suerte, el mar permanecería ocupado, y Francisco II, el día de su caída, en vez de quedar prisionero del Piamonte, hallaría á bordo de la escuadra francesa un asilo digno de un rey. El vicealmirante Tinán había presenciado en Nápoles toda la intriga cuyo desenlace se aproximaba, y su frialdad silenciosa para con el almirante Persano (1), sus confidencias irritadas hechas á los demás jefes de escuadra, habían revelado en él, en varias ocasiones, la doble repugnancia que le causaban los manejos piamonteses y las traiciones napolitanas. Animado de este espíritu, dedicóse desde un principio á ampliar considerablemente la zona neutralizada que había de estar bajo el amparo de su pabellón; y como las instrucciones que tenía le ordenaban encerrarse dentro de los límites del litoral de Gaeta, ingenióse, por lo menos, para endulzar con sus simpatías el infortunio del joven rey, ya que no podía prestarle más eficaz auxilio.

Entonces pudo presenciarse un espectáculo singular:

(1) Véase Persano, *Diario político-militare*, pág. 123.

por el lado de tierra, los piamonteses habían estrechado sus líneas de asedio y los proyectiles empezaban á caer en la ciudad; pero por el lado del mar los buques sardos veíanse obligados á permanecer á mucha distancia, de manera que Francia, sin impedir por completo la lucha, sin influir siquiera en el resultado final, reducía la arena del combate, como hubiera podido hacerse en un duelo ó en un torneo. Por mar recibían los sitiados vituallas y periódicos ó recogían los rumores de Europa; por mar se alejaban también los cortesanos poco abnegados que se asustaban de los peligros ó se cansaban de la fidelidad. Sin embargo, hasta en estas horas de desgracia llegaban todavía algunos amigos, antiguos zuavos pontificios ó legitimistas franceses, ansiosos de servir á un Borbón aun siendo éste un vencido. Y no eran éstos los únicos á quienes atraía la desgracia: en Francia, un vigoroso movimiento de la opinión empujaba á los corazones hacia el joven príncipe, cuyo valor se ensalzaba, cuya juventud conmovía y cuyos infortunios movían á compasión. A su nombre asociábase el de la reina, ávida de compartir los peligros de su esposo y que, según se decía, mostraba en aquella situación de verdadera prueba un ardor viril. Si Dios había condenado definitivamente á la casa de Borbón, á lo menos era un espectáculo hermoso y un buen ejemplo de este modo acabara. Así hablaban los realistas y gracias á la moda, estos conceptos se repetían no sólo en el arrabal de San Germán, sino también en el mismo mundo oficial y aun en las Tullerías, en donde hasta la emperatriz se expresaba en tales términos. En torno de Gaeta, cuya rendición se consideraba ya inminente, y en torno de los regios esposos, á quienes se veía ya condenados al destierro, posábanse algunos de esos conmovedores reflejos que iluminan las cosas nobles que perecen.

El Piamonte reclamó contra aquella protección y con él reclamó naturalmente lord John Russell, quien invocó el principio de la no intervención; mas el emperador no cedió, y aunque negó todo propósito de representar un papel más activo, no se resignó á ordenar el irrevocable abandono. En su consecuencia, nuestros buques permanecieron durante más de dos meses á la vista de Gaeta, y los sitiados, que todas las mañanas los veían anclados en alta mar, no podían figurarse que toda esperanza fuese vana. Por esta vía, única que le quedaba abierta, Francisco II transmitía á Europa sus protestas, poniendo de manifiesto que su causa era la de todos los reyes, que sólo la intriga había destruído la monarquía napolitana y que, merced únicamente á la violencia, á la confiscación y al terror de los consejos de guerra, conservaban los sardos bajo su yugo á los pueblos por un instante engañados. El día 25 de diciembre llegó á París un despacho muy insistente de lord Russell, en el que se decía que se habría comprendido que el emperador, por medio de una intervención franca, hubiese asegurado al rey de Nápoles la posesión de sus Estados, pero que no se explicaba un auxilio *in extremis* que nada podía restablecer ni salvar (2). Este lenguaje, á pesar de su dureza, era lógico: si se había adoptado la resolución de no hacer nada para devolver la vida al enfermo, ¿á qué tantos cuidados para prolongar su agonía?

(2) *Further correspondence*, parte VII, pág. 187.

Napoleón invitó repetidas veces á Francisco II á que se inclinara ante la suerte adversa y hasta provocó un armisticio de algunos días que había de facilitar el desenlace; y al fin, considerando que hartó había manifestado sus simpatías por el vencido y su reprobación al victorioso, retiró su guardia de honor. A última hora el vicealmirante de Tinán visitó al rey y le suplicó que se embarcara en el *Bretagne*; y en vista del fracaso de esta tentativa, en 19 de enero de 1861, á las cuatro de la tarde, la escuadra francesa saludó por última vez el pabellón real y desapareció en el horizonte. Inmediatamente aparecieron otros buques: era el almirante Persano que iba á atacar á Gaeta por mar, del mismo modo que el año anterior había hecho con Ancona.

Desde aquel momento no se recibieron de la pequeña fortaleza más noticias que las que dejaban circular los sardos. A todo esto, declaróse en la ciudad el tifus cuyos estragos se unieron á los del bombardeo; y para colmo de desdichas una explosión terrible, ocurrida en 5 de febrero, abrió una brecha en el lado del mar. Por otra parte, las provisiones de víveres, aunque abundantes, se averiaban, y en cuanto á socorro del exterior ¿quién podía pensar ya en tal cosa? El día 13 firmóse la capitulación y al siguiente el aviso francés *Monette*, enviado desde Nápoles, llegó á la vista de la ciudad y tomó á su bordo al rey. Todavía resonaron en la playa algunas aclamaciones leales; luego, en las murallas que dominaban el mar, las banderas de las flores de lis se inclinaron por última vez en honor del proscrito, quien aquel mismo día llegó á Terracina, dirigiéndose desde allí á Roma.

IV

En tanto que los defensores de Gaeta agotaban sus últimas fuerzas, el emperador había inaugurado en 4 de febrero la legislatura y Francia se disponía á ensayar el nuevo régimen creado por el decreto de 24 de noviembre.

La reanudación de las discusiones parlamentarias señalóse por un escándalo, y ¡cosa extraña!, la escena se desarrolló en el tranquilo recinto del Senado y el protagonista de la misma fué un príncipe. El 28 de febrero, abrióse en el palacio del Luxemburgo la discusión general del mensaje. ¿De qué había de hablarse sino de la cuestión italiana? El Sr. de la Rochejacquelein, el Sr. de Heeckeren y el marqués de Gabriac defendieron la soberanía del Sumo Pontífice y los principios del antiguo derecho público; el Sr. Pietri apoyó la tesis contraria, pero lo hizo en un discurso conciso, que parecía la pieza que en los teatros se representa antes del drama. El príncipe Napoleón ocupaba su sitio contra su costumbre, porque no le gustaba molestarse y la asiduidad parlamentaria le desagradaba tanto como la disciplina de los campamentos. Al día siguiente, 1.º de marzo, al comenzar la sesión pidió la palabra y, desde un principio, la violencia de sus frases hizo presentir alguna temeridad inaudita.

«Habéis podido juzgar el folleto que ayer os leyó nuestro digno colega el Sr. marqués de la Rochejacquelein y que procede evidentemente de un santo concilio legitimista y clerical, puesto que se limita á reproducir los argumentos desde hace muchos meses desarrollados en

los periódicos que representan ese partido. Todo esto se encuentra en las pastorales de ciertos obispos, de quienes no he de ocuparme... Hay ultrajes que honran... El Sr. marqués de la Rochejacquelein, nuevo en el Senado, debe al espíritu de conciliación del emperador el poder sentarse entre nosotros..., pero en vez de inspirarse en el espíritu moderno, se inspira en el espíritu de otros tiempos.»

Al oír este lenguaje provocador, produjéronse algunos murmullos, contenidos, sin embargo, por el temor ó por el respeto. El presidente permanecía impassible; los ministros, inmóviles, y la impresión dominante en la cámara era de malestar y de curiosidad. El príncipe, en tanto, se gozaba en esta confusión y se complacía con la expectación que había logrado despertar. Su hermosa cabeza, de facciones regulares y duras, dominaba el auditorio, y de sus labios brotaban las frases vigorosas y llenas de imágenes pero algo incoherentes y demasiado precipitadas, como si sus pensamientos, al estallar después de un largo silencio, hubieran de hacer un esfuerzo para disciplinarse y abrirse camino.

«No somos, dijo, los representantes de la reacción, sino los de la sociedad moderna, y Napoleón III representa el derecho popular opuesto al derecho divino. Se ha hablado de simpatías por Francisco II, pero no confundamos la simpatía con la piedad: nuestras simpatías las reservamos á la gloriosa causa italiana; sólo piedad tenemos para el ex rey de las Dos Sicilias.»

El rey de Nápoles tenía la desgracia de ser Borbón, y el orador, con brutalidad inaudita, se puso á hacer el proceso de todos los Borbones, de los de Francia, de España, de Italia, de todas partes. El Senado escuchaba con más disgusto que favor aquel desbordamiento de invectivas, cuando de pronto trocóse el silencio en aprobaciones calurosas: el príncipe, después de haber relatado las antiguas divisiones de la familia real, acababa de proclamar la unión de todos los Bonaparte en el presente y en el pasado.

Todas las anteriores consideraciones no eran, al parecer, más que el preámbulo, ya que al llegar á aquel punto anunció el orador «que iba á entrar en el fondo de la discusión.» Pero ¿podía llamarse discusión en un sentido cualquiera lo que ocurrió después? El discurso del príncipe fué, por espacio de tres horas, el más extraordinario monólogo, sin trabazón alguna, sin transiciones, lleno de elocuentes invectivas y de ironías implacables, de un tono familiar hasta la trivialidad, con giros pintorescos ó imprevistos que cautivaban, con matices de despreciativa altivez, con una confianza en la impunidad que estaba muy por encima de todos los reglamentos y de todas las conveniencias. En aquella implacable revista general, el príncipe no perdonó á nadie, pero se ensañó especialmente con los muertos, con los desterrados, con los ausentes, con los vencidos. Ultrajó á Lamoriciere y á «sus cuadrillas;» burlóse del señor de Merode, aquel subteniente belga convertido en ministro de las armas; señaló en Roma una nueva *Coblensa*; condenó sumariamente la soberanía pontificia «que huía de todas partes como un vaso rajado;» y denunció al propio papado, «esa cristalización de la Edad media.» Después, divagando cada vez más aunque sin perder la originalidad de la forma, evocó todos los recuerdos irritantes del pasado, Bonaparte y Pío VI, Jorge

Cadondal y los tratados de 1815; y así transcurrían las horas sin que nada anunciara que la extraña arenga tocaba á su fin. Suspendióse la sesión, encendiéronse las arañas y el discurso prosiguió. La mayoría de los senadores guardaban silencio, pues no sabían qué agradaría más al soberano, los murmullos ó la aprobación; muchos se indignaban y lanzaban, aunque á media voz, interrupciones que se perdían ó que los taquígrafos fingían no oír. Al fin terminó el discurso con una apología de la unidad italiana; en cuanto al papa, el príncipe le invitó á que volviese cuanto antes á la sencillez de los apóstoles, á que cediera Roma á los piemonteses que la necesitaban en gran manera, y que «se retirara á un honroso asilo desde donde pudiera dominar todo el mundo sin depender de nadie.»

Este discurso obtuvo su recompensa: al terminar la sesión, el ministro del Interior, Sr. de Persigny, corrió al telégrafo á fin de notificar á toda la nación que Francia contaba con un nuevo gran orador, y que este orador era un Napoleón. Pocos días después, la oración parlamentaria del príncipe se insertaba en el *Moniteur des communes* para que pudiera llegar á conocimiento de todos. De Italia llegaron en seguida toda clase de felicitaciones, y en Turín el discurso fué traducido, impreso en forma de folleto, y luego reducido á una forma más pequeña que facilitara su propagación clandestina en Roma y en Venecia. Cavour escribió al príncipe: «El discurso de Vuestra Alteza es para el poder temporal del papa lo que Solferino ha sido para la dominación austriaca.»

Pero no hay triunfo que no traiga aparejada una contrariedad: ya hemos visto cuál fué la recompensa; veamos ahora cuál fué el castigo. Vivía en el destierro un príncipe que había pasado su juventud en la guerra y que no pudiendo ya manejar más que la pluma, manejábala como en otro tiempo la espada. Llamábase el duque de Aumale y ninguno de los que le conocieron en Africa había podido olvidar el valor de aquel hombre que, en medio de muchas defecciones, conservaba todavía valerosos y fieles amigos. Ahora bien, el reciente discurso senatorial, que de todo había tratado en su impetuoso y elocuente desorden, había querido poner de manifiesto de un lado la unión de los Bonaparte, y de otro las disensiones, las rivalidades, las traiciones de los Borbones. El duque de Aumale se dedicó á refutar aquella peroración. «¿Acaso el destierro, empezaba diciendo, me ha despojado del más natural, del más sagrado de todos los derechos, el de defender á mi familia públicamente ultrajada y con ella el pasado de Francia? ¿Puede mi respuesta á ese ataque injurioso propagado y públicamente expuesto, ver la luz, conforme á las leyes, en el suelo mismo de la patria? Voy á hacer la prueba, y si ésta es contraria á mis deseos, si, con menosprecio de las más rudimentarias leyes del honor y de la justicia, ahogáis mi voz en Francia, tratándose de una causa tan legítima, por lo menos mis palabras hallarán eco en Europa, y en todas partes irán derechamente al corazón de las personas honradas.» Mas, no bastándole al príncipe la defensa, llevó audazmente la lucha al campo enemigo y á su vez rehizo la historia de los Bonaparte y con abrumadora precisión de detalles recordó los testimonios de afecto que Luis Felipe dió á la reina Hortensia, al emperador, al rey Jerónimo

y al mismo príncipe Napoleón. La descortés brutalidad de la agresión autorizaba todas las represalias, aun las más extremadas. No fué aquello una respuesta, sino una ejecución en un lenguaje de elocuencia indignada y con admirables formas de desprecio. El folleto apareció en 13 de abril con el título de *Carta sobre la historia de Francia dirigida al príncipe Napoleón*, y aunque se ordenó el secuestro del mismo, era ya para ello demasiado tarde, pues se decretó en el momento en que se despachaban los últimos ejemplares. El escándalo que el folleto produjo fué grande y se prolongó primeramente por la publicación de numerosas respuestas que el gobierno autorizó y luego por el proceso que se instruyó contra los editores. Hablóse maliciosamente de un duelo entre los dos príncipes, y á este propósito dijéronse toda suerte de chistes que fueron la diversión de los salones. ¿Desagradaba todo este escándalo en las regiones oficiales? Cabe ponerlo en duda, ya que en las Tullerías no estaban muy convencidos de que el orador del Senado, tan diligente en recordar las intrigas de las ramas segundas, fuese inocente del todo de esas tendencias que tan bien denunciaba; y hasta muchos palaciegos, entre los más refinados, juzgaron que el mejor medio de hacer la corte al soberano era no ignorar ó destruir el famoso folleto, sino, por el contrario, dejar que circulara silenciosamente.

V

La palabra vehemente del príncipe Napoleón había sacudido bruscamente la modorra de los senadores, sin conseguir modificar una sola convicción; bien se vió cuando, cinco días después, en la discusión de los párrafos del *Mensaje*, una enmienda en favor del poder temporal del papa logró reunir una imponente minoría de 61 votos entre 139 votantes. Aquello fué, como se dijo, el desquite de los cardenales.

Pero la curiosidad pública se apartaba ya del Luxemburgo para fijarse en el Palacio Borbón, en donde reinaba una actividad inusitada. La próxima discusión del *Mensaje* ofrecía todos los atractivos de un espectáculo nuevo ó, cuando menos, de un reestreno: se buscaban precedentes, se interrogaba, se consultaba á los viejos parlamentarios, y ante la idea de que iban á presentarse otra vez ante el público escogido y de que la taquígrafía había de anotar, como antiguamente, cada una de sus palabras, los miembros del Cuerpo legislativo sentían la necesidad de prepararse un poco. Hablábase de discursos que se estaban ya elaborando, de discursos escritos, pero que producirían sensación, y los diputados oficiales, que por espacio de diez años habían desdeñado la elocuencia, dedicábanse á ponerse á la altura de la evolución reciente y á encontrar en su memoria algo de sus antiguas opiniones y tal vez algo también de sus antiguos discursos. Algunos, sin embargo, mostrábanse rebeldes, se burlaban tranquilamente de toda aquella agitación y se asustaban un tanto del festín oratorio que se anunciaba y que sería, según ellos, muy largo y acaso muy indigesto. De todas las cuestiones, empero, que estaban á la orden del día, una sola apasionaba realmente, la cuestión italiana.

Esta desdichada cuestión no traía solamente perturbados á los políticos, sino que por su estrecha conexión

con los intereses religiosos había creado en el país verdaderas divisiones. Entre los católicos y el gobierno había estallado una pequeña guerra, á menudo negada é interrumpida por frecuentes treguas, pero que se manifestaba por algunos episodios bastante ardientes. En vista de que las pastorales de los obispos se convertían en folletos, el ministro del Interior dispuso que si eran entregadas al comercio estarían sujetas al impuesto del timbre (1). Y habiéndose organizado algunos comités con objeto de recoger los donativos para el dinero de San Pedro, dictóse una circular que prohibió esta especie de colectas y únicamente autorizó las ofrendas individuales recogidas por la autoridad eclesiástica (2). En aquella época reaparecieron ciertas denominaciones que parecían haber caído en desuso y ciertas prácticas que cuadraban mal con el espíritu tan amplio del emperador: establecióse nuevamente la distinción entre los funcionarios *clericales* y no clericales; en muchos departamentos los prefectos vigilaron las relaciones de sus subordinados y pusieron en entredicho á los obispos; el poder retiró airadamente su benevolencia á ciertas comunidades religiosas, especialmente en el departamento del Norte, y poco tiempo después exigió la expulsión de los religiosos de nacionalidad belga; la cátedra del Espíritu santo fué vigilada, y se privó de sus emolumentos á algunos curas, según se supo después (3). A todo esto, publicóse un folleto muy propio para avivar el espíritu de discusión: titulábase *Francia, Roma é Italia*, y en él el Sr. de la Guernonniere, intérprete habitual de las ideas imperiales, desarrollaba una tesis bastante atrevida. Según el oficioso publicista, el autor responsable de las recientes revoluciones italianas no era Cavour, sino el papa, quien se había obstinado en no dejarse despojar y había sido con su terquedad causa de todo el mal: tal era la acusación, expresada muy claramente, aunque envuelta bajo todas las formas del respeto. Los católicos, heridos en sus sentimientos, contestaron enérgicamente al ataque, publicando varias refutaciones entre las cuales produjo gran impresión la de monseñor Pie, quien en una carta pastoral tomó por su cuenta al propio emperador y, por medio de una alusión muy transparente, le acusó de haber entregado á Pío IX como Pilatos había entregado á Jesús. Este lenguaje, empleado en un folleto, habría parecido osado, pero en un documento del ministerio episcopal pareció con sobrada razón intolerable; por esto el gobierno, al pronto, pensó en hacer comparecer al prelado ante un tribunal correccional, pero luego se suavizó y contentóse con la jurisdicción del consejo de Estado, que declaró la existencia del abuso.

En medio de todos estos incidentes acababa de reunirse el Cuerpo legislativo. A los diputados católicos y al propio tiempo amantes del orden y fieles al Imperio imponíase un deber: provocar entre sus colegas una manifestación bastante clara para que el gobierno viera en ella un testimonio de la aspiración pública; salvar de esta suerte lo que quedaba de los tratados, lo que quedaba del poder temporal; restablecer y asegurar la paz religiosa comprometida; hacer que el emperador

(1) *Monitor* del 17 de noviembre de 1860.

(2) *Monitor* del 17 de noviembre de 1860.

(3) Véase el discurso del cardenal Mathieu en el Senado, sesión de 31 de mayo de 1861.

volviera á unirse con sus aliados de otro tiempo, y para el porvenir contenerlo mediante el uso razonable é ilustrado de las públicas libertades y evitar con ello que se dejara llevar del afán de aventuras. Desde 1860 y aun desde 1859 muchos miembros del Cuerpo legislativo se habían inspirado en esta prudente política, y en 1861 todo contribuía á que las advertencias se repetirán con más amplitud y autoridad, pues de una parte el peligro era mayor y de otra las mayores atribuciones de la Cámara hacían más fácil la intervención. Los diputados que en la anterior legislatura habían defendido la causa del derecho antiguo y de la soberanía pontificia, apercebíanse á reanudar sus esfuerzos: tales eran el Sr. de Flavigny, uno de los más respetados entre los viejos parlamentarios; el Sr. Anatolio Lemerrier, unido por sus orígenes al primer Imperio y por ende de no dudosa lealtad; el Sr. Kolb-Bernard y el Sr. Plichón, que representaban á las poblaciones católicas de las Flandes; y finalmente el Sr. Keller, diputado por el Alto Rhin. En torno de ellos juntáronse muchos de sus colegas, unos por celo religioso, otros por previsión política, y de esta manera se constituyó la oposición de la derecha que, compuesta de muy diversos elementos, había de formar más adelante el núcleo del tercer partido. La activa participación de este grupo en los debates parlamentarios fué lo que caracterizó la legislatura de 1861.

Abierta en 11 de marzo la discusión general del Mensaje, el Sr. Jerónimo David y el Sr. Koenigswarter afirmaron sus simpatías por Italia; después, los señores Kolb-Bernard y Plichón, con mucha elevación el primero y con su energía un tanto ruda el segundo, denunciaron en sendos discursos escritos los peligros de la política imperial. Hasta entonces, y á pesar de la magnitud del tema, la Cámara prestaba muy poca atención á los debates; pero el día 13 de marzo habló un orador que la cautivó por completo.

Era el Sr. Keller, y de aquella jornada han conservado memoria los contemporáneos. La víspera, el señor Baroche había replicado al Sr. Plichón, y los diputados católicos, muy bien provistos de buenas razones, pero poco preparados para las discusiones públicas, esperaban no sin cierto temor el resultado del debate. El Sr. Keller era joven y totalmente desconocido y comenzó su discurso en medio de la indiferencia general; muy pronto, sin embargo, varias cosas llamaron la atención de la Cámara: una lógica implacable, una sosegada osadía que de nada se asustaba y sobre todo cierta reserva y cierto frío apasionamiento. El orador explicó á su manera la historia del año precedente, habló de la entrevista de Chambéry y de la invasión de las Marcas y luego resumió su pensamiento en una sola frase: «Podía atajarse al Piamonte, pero faltaba querer hacerlo.» Lo que dijo á continuación fué de una audacia inaudita: «Francia ha cambiado de política; Francia ha retrocedido no ante el Piamonte, no ante Inglaterra, sino ante una potencia cuyo programa, consignado en un documento célebre, se insertó un día en el *Monitor*.» Y cogiendo el diario oficial, leyó el Sr. Keller ante la Cámara estupefacta el testamento de Orsini: «La Revolución encarnada en Orsini, he aquí lo que ha hecho retroceder á Francia.» La evocación de este recuerdo hizo estremecerse á toda la Cámara, y algunos amigos

del orador se asustaron temiendo que la violencia llevada hasta este punto exasperara al emperador y le arrojara en brazos de los partidos extremos. Pero, en el entretanto, la impunidad de tal licencia autorizaba todas las temeridades, así es que el Sr. Keller continuó diciendo: «No se trate, pues, de empequeñecer este debate; no se evoque la sombra de los antiguos partidos. No somos los soldados de no sé qué patria austriaca disfrazados con el manto de la religión; la lucha está ahora empeñada, como en 1848, entre la fe católica, al mismo tiempo francesa y romana, y la fe revolucionaria; entre hombres que, de uno y otro bando, despliegan abiertamente sus banderas y que, si es preciso, sellan sus ideas con su sangre. Francia fué francamente revolucionaria en 1793, francamente conquistadora durante el primer Imperio y francamente conservadora en 1848 y 1849; pero vosotros, que habéis cometido la imprudencia de abrir nuevamente este campo de combate sin medir la trascendencia de lo que hacíais, ¿quiénes sois y qué queréis ser? ¿Sois revolucionarios? ¿Sois conservadores? ¿O sois simplemente espectadores del combate? Hasta el presente no sois ni una cosa ni otra, porque habéis retrocedido delante de Garibaldi al mismo tiempo que decíais ser su mayor enemigo; porque enviabais á la vez una eficaz ayuda al Piamonte é hilas al rey de Nápoles; porque habéis hecho escribir en las mismas páginas la inviolabilidad del Padre Santo y su destronamiento. Decid, pues, lo que sois.» Desde la instauración del Imperio, nunca se había oído semejante lenguaje; es más, en ausencia del ministerio responsable, todos los golpes caían directamente sobre el emperador. Aquel hombre á quien una hora antes nadie conocía, tenía subyugadas la Cámara y las tribunas, y él mismo hallábase poseído de una emoción que nunca más volvió á sentir, porque, según confesión de los mejores jueces, aquel día, y sólo aquel día en toda su carrera, fué gran orador. El final del discurso fué sencillo, concreto, de una hábil moderación que parecía suavizar los anteriores atrevimientos: «Nos habéis pedido todo nuestro pensamiento, y voy á acabar de exponeros el mío. Ya es tiempo de mirar de frente á la Revolución y decirle: ¡De aquí no pasarás! La idea que expongo no es la idea de un adversario, sino la de un hombre sincero, leal á tres cosas para él inseparables: su patria, su gobierno, su conciencia.»

Este discurso obtuvo todos los honores y particularmente el de provocar una respuesta del Sr. Billault, quien, terminado que hubo el Sr. Keller, se levantó de su asiento, nervioso, alterado, sobreexcitado visiblemente por una vehemencia tan inesperada, y con extrema energía defendió al emperador de la censura de haber dejado desviar su política por complacencia con la revolución ó por temor al asesinato; proclamó el gran resultado de la guerra de Italia, es decir, la destrucción de la preponderancia austriaca en la península; y negó que Napoleón pudiera deshacer lo que tan gloriosamente había hecho, y constituirse, él, el elegido del pueblo, en restaurador de los tronos de derecho divino. La cámara le aplaudió, pero sus aclamaciones fueron especialmente para el orador brillante y fogoso. Del discurso del Sr. Billault sólo quedó una frase: en el comienzo de su discurso, al ver repentinamente agitada á la cámara, antes tan tranquila y aun puede decirse tan sombría,

exclamó: «¡Cuánto hemos adelantado de ocho días á esta parte!» En efecto, se había adelantado mucho y los mismos que habían deseado la evolución se asombraban de que ésta fuera tan rápida.

El público había recobrado resueltamente su afición á los debates parlamentarios; así es que las siguientes sesiones se abrieron con extraordinaria concurrencia. La continuación de los debates del mensaje hacía que la atención se fijara sucesivamente en todos los puntos de la política: Julio Favre pidió la extensión de las libertades públicas; Ernesto Picard criticó las obras que se realizaban en París y la gestión del Sr. Haussmann, siendo aquella la primera edición de un discurso que había de reproducir y variar muchas veces; el Sr. Pouyer-Quertier y el Sr. Brame reprodujeron sus lamentaciones á propósito del tratado de comercio; y el señor Devinck y después de él el Sr. Magne hablaron de cuestiones de hacienda. En estas discusiones, los diputados de la extrema izquierda, los *Cinco*, como se les denominaba, permanecieron aislados del resto de sus colegas, y mirando con desdén las tímidas y tardías veleidades naturales, parecían formar el grupo de la oposición irreductible. A todo esto surgió un incidente que provocó infinitos comentarios: Emilio Olivier había tomado la palabra después del Sr. Baroche y con su acostumbrada elevación de espíritu había tratado de la prensa, de sus condiciones de existencia, de la necesidad de abolir la autorización previa y de substituir á la arbitrariedad administrativa la jurisdicción del jurado. Hacia el final de su discurso, su pensamiento se despojó de los velos que lo envolvían, y dirigiéndose, por decirlo así, al mismo soberano, le invitó, en el lenguaje más leal y más brillante, «á rechazar los consejos pusilánimes, á iniciar valerosa y espontáneamente á un gran pueblo en la libertad, y á ponerse directamente en presencia de la nación.» «Lo digo yo que soy republicano; el día en que tal llamamiento se hiciera, podría muy bien suceder que hubiese todavía en el país hombres fieles á los recuerdos del pasado ó demasiado absorbidos por las esperanzas del porvenir, pero la mayoría otorgaría su admiración y su ayuda y este apoyo sería tanto más eficaz cuanto más desinteresado.» Al día siguiente, las palabras «yo que soy republicano» no aparecieron en el acta taquigráfica; interpelado á causa de ello el Sr. Morny, reivindicó la responsabilidad de la supresión y tributó al propio tiempo un homenaje muy merecido, pero muy significativo, «á la moderación, á la probidad, á la rectitud de su respetable colega.» Entre los *Cinco* este discurso señaló la primera escisión; y señaló también la primera de las sucesivas desviaciones que poco á poco habían de empujar á Emilio Olivier hacia el imperio liberal.

El 22 de marzo, la discusión del párrafo referente á las cuestiones italianas atrajo la atención general sobre el principal objeto de todas las preocupaciones. La sesión fué notable, no tanto por la brillantez de los discursos como la regresión á las más refinadas habilidades de la antigua táctica parlamentaria. La derecha ambicionaba reunir en una enmienda, por modesta que fuese, un número de votos bastante considerable para que, á los ojos del país, aquella votación se convirtiera en una manifestación y á los ojos del emperador en una advertencia, y reservándose al principio, dejó discutir

VI

muy á fondo una moción de Julio Favre y de sus amigos, quienes, á ejemplo del príncipe Napoleón, solicitaban el abandono del romano pontífice y el próximo regreso del cuerpo de ocupación. El hecho de no haber obtenido la proposición de la extrema izquierda más que cinco votos, es decir, los de sus autores, constituyó un primer triunfo para los católicos, quienes, entrando entonces en acción, presentaron su enmienda, y dando pruebas de gran sagacidad se guardaron de confiar la defensa de la misma á aquellos de sus colegas que más se habían distinguido en los anteriores debates. En vez de esto, pusieronla bajo el patronato de diputados menos comprometidos hasta entonces, más azeados á las discusiones de negocios que á la política, muy apreciados, muy respetados por todos los grupos, y, por ende, más á propósito para recoger en los linderos de los distintos campos preciosas adhesiones. El Sr. O'Quin, diputado por los Bajos Pirineos, y el Sr. Ancel, armador muy importante del Havre, fueron los órganos de la derecha. El Sr. Billault había pedido ya la palabra, algo prematuramente, y el Sr. de Morny, comprendiendo el peligro, apenas se hubo sentado el Sr. O'Quin, levantóse de su asiento, y deseoso de evitar un fracaso que había de llevar al ánimo del emperador la desconfianza contra las recientes reformas, actuó de abogado del gobierno. Una y otra vez leyó y comentó el texto de la comisión y afirmó que este texto respondía al doble sentimiento del país, muy católico y por consiguiente muy contristado de los infortunios del Padre Santo, pero al mismo tiempo muy liberal y muy hostil á toda intrusión del clero en los dominios de la política. El emperador tenía confianza en el Cuerpo legislativo, como lo demostraba el hecho de haber ampliado recientemente sus atribuciones. ¿No tendría el Cuerpo legislativo la misma confianza en el emperador? Así habló el Sr. de Morny, quien como nadie sabía unir á la mayoría; la impresión que su discurso produjo en el auditorio fué visible, tanto que el Sr. Ancel retiró su enmienda. Sin embargo, ni aun en estas circunstancias se dió por vencida la derecha, la cual, por el contrario, con una pertinacia y una sangre fría meritorias, apeló al último recurso que le ofrecía el procedimiento parlamentario.

El proyecto de la comisión, muy correcto en su conjunto, terminaba con una frase poco respetuosa para el Padre Santo, á quien se acusaba de *resistencia á prudentes consejos*; en el momento en que iba á comenzar la votación, los Sres. Ancel y Anatolio Lemerrier pidieron la división del párrafo y la supresión de la frase final, lo que era para los adversarios de la política seguida en Italia un medio supremo de reunirse y de contarse.

El Sr. Baroche protestó; una porción de diputados pidieron la palabra á la vez, y el tranquilo Cuerpo legislativo de otro tiempo se convirtió en tumultuoso. Por fin prevaleció la división, y votada separadamente la última parte del párrafo, hubo 91 votos contra 126 para pedir la supresión.

Este incidente fué el más memorable de cuantos ocurrieron durante la legislatura: por vez primera desde el establecimiento del Imperio, se formaba una oposición imponente por el número, no en una cuestión de negocios, sino en una cuestión política.

En medio de estas circunstancias, Cavour llegaba á la cúspide de su fortuna. El 18 de febrero Víctor Manuel había abierto el Parlamento, y por primera vez hallábanse reunidos en un mismo recinto los representantes de toda Italia, desde los valles del Piamonte hasta las riberas de Sicilia. Pocos días después votó una resolución que cambiaba el antiguo título del rey de Cerdena y, consagrando sus conquistas, lo hacía *rey de Italia*. En efecto, Italia estaba completa, salvo Venecia y Roma: de Venecia nadie se atrevía á hablar demasiado; en cambio Roma era objeto de todas las ambiciones y el ardor de los piamonteses por conquistar la Ciudad eterna sólo podía equipararse con el celo de los católicos por disputársela.

Para que Roma volviera al patrimonio común era preciso que el papa, por miedo ó por la persuasión, abdicara de sus derechos temporales, ó que Francia retirase su protección. Una renuncia por parte del Padre Santo era muy poco probable; sin embargo, Cavour, á pesar de que no era verosímil el éxito de sus gestiones, ingeniábase desde hacía algunos meses para conquistar por medio de intrigas muy secretas á ciertos miembros del Sacro Colegio que, á su vez, habrían de influir en el ánimo de Pío IX. Poco tiempo después, habiéndose divulgado estos manejos, el gobierno pontificio desmintió que hubiera entabladas negociaciones. Napoleón tuvo noticia de lo que se tramaba, pero ni por un momento creyó en el buen resultado de aquellos tratos: «Es una intriga muy mal urdida, escribía familiarmente el duque de Grammont, y no tenemos ningún interés en seguirla.» Cavour, rechazado por el lado de Roma, cosa que ya podía esperar, puso sus ojos en Francia, datando de entonces el primer proyecto del convenio firmado tres años después y que se ha hecho famoso con el nombre de *Convenio de 15 de septiembre*, proyecto en el que se decía que Francia retiraría sus tropas y el Piamonte, por su parte, se obligaría á abstenerse de todo ataque contra los Estados de la Iglesia. En 13 de abril el príncipe Napoleón presentaba este proyecto al primer ministro sardo, añadiendo para tranquilizarle: «Si la dominación del papa llegase á ser demasiado insostenible, el gobierno del emperador no se crearía obligado á defender al Padre Santo contra sus propios súbditos.» Este arreglo no desagradaba al Sr. de Thouvenel, quien desde entonces habló de él al emperador, instando además para que se reconociera el nuevo reino. Desde Roma, empero, formulaba objeciones nuestro embajador, el Sr. de Grammont: «¿Cómo proponer al Piamonte, decía, un convenio que no aceptará ó que aceptará con el propósito preconcebido de violarlo?» Este diplomático consideraba preferible á un tratado la simple y concreta declaración de que cualquier ataque del Piamonte contra el territorio pontificio evacuado por nuestras tropas constituiría un *casus belli* (1).

En el entretanto habíase inscrito en la orden del día del Parlamento italiano la cuestión romana. Cavour hubo de exponer sus propósitos ante su patria y ante Europa y lo hizo en un lenguaje en el que aparecieron

(1) Despachos del Sr. de Grammont al Sr. Thouvenel, 27 de abril y 11 de mayo de 1861.